

tario de Estado Mayor á las órdenes de Godoy, María Luisa aprobó y aun protegió los amores de aquel con Carolina.

Pero desde la caída del privado, y cuando ya el artillero vió con terrible claridad cuál y cuán crítica era la situación del país, desde entonces, apercibiéndose la reina del notable cambio que se habia obrado en el jóven, hasta quiso disuadir á la enamorada condesita del Ramal, á quien presentó en perspectiva otros partidos más ventajosos por la posición de los aspirantes.

Más Carolina, bien á pesar de su lealtad y de su particular cariño por los reyes, demostró muy claramente que la firmeza era una de las prendas más recomendables que adornaban su bello corazón.

María Luisa, pues, tuvo que resignarse á consentir en la afecion que antes habia protegido; y Velarde y Carolina prosiguieron cada vez más enamorados el uno del otro.

Nuestros lectores recordarán la escena que tuvo lugar la primera noche que presentamos al artillero en la casa-palacio de su novia la condesita del Ramal, como tambien la palabra que esta empeñó de abandonar el cargo que cerca de los reyes desempeñaba.

Efectivamente, cumplió su promesa, pretextando primeramente á la reina el mal estado de su salud, y por último excusándose con toda suerte de evasivas y disculpas, que no por eso bastaron á que María Luisa renunciase al deseo de retenerla á su lado.

Subió, pues, Velarde con marcada agitacion los escalones del palacio, y preguntó con voz no muy segura á la doncella de Carolina, que le contempló admirada:

—¿Dónde está la señora?

—Acostada,—respondió la doncella.

—Pues avísela Vd., y diga que la espero.

—Es que como me tiene prohibido entrar en su dormitorio desde el instante mismo en que se recoje, y acabo hace un momento de dejarla, francamente, no me atrevo...

Velarde, que habia reflexionado durante algunos segundos, interrumpió á la doncella de Carolina, diciéndola con tono más afable:

—No tema Vd., y dígala en mi nombre que tengo necesidad de comunicarla sin dilacion un asunto de la mayor importancia, y que mañana no tendré ocasion de hablarla.

La doncella, tranquilizada por las palabras del capitán, se encaminó al dormitorio de su ama, despues de haber dejado á Velarde en el gabinete que ya han visitado nuestros lectores en otra ocasion.

Pero retrocedamos dos horas, aunque para nada variaremos el lugar de la escena.

El general jefe del estado mayor francés, Belliard, habia solicitado de la jóven condesa una entrevista para aquella noche; y apenas el duque de Berg le hubo dejado libre, se encaminó á la calle del Arenal.

Carolina, juzgando que se trataba de algun asunto referente á la reina, le esperaba con curiosidad, creyéndole portador de una nueva súplica de su parte.

Con efecto, Belliard entregó á la jóven una carta de María Luisa concebida en estos términos:

«A tal punto ha llegado la ingratitud de todos, que, como sabes, he tenido que buscar la seguridad de la persona del rey y la mia en la guarnicion que tan galantemente se ha servido facilitarnos nuestro amigo el gran

duque de Berg. Toda nuestra servidumbre, con excepciones bien ligeras, nos ha hecho traicion. Tan solo en tí confiaba, y aun confío; pero sin duda los consejos de alguna persona mal avenida con nosotros, y á quien no quieres contrariar, te obliga á variar de conducta. Sin embargo, conozco tu buen corazon, tu lealtad y tu consecuencia; confío en que no habrás olvidado el cariño que siempre te hemos profesado yo y el rey, así como el pobre Príncipe de la Paz, que tan amigo ha sido de tu difunto padre; y si á estas consideraciones añado la de que tu presencia á nuestro lado es de todo punto necesaria, creo no vacilarás en acceder á los ruegos de la que, reina desgraciada, te abre sus brazos de amiga. Si el capitán se opone, como presumo que hará, no vaciles en buscar un pretexto cualquiera, y te prometo que una vez aquí todo se arreglará del modo más satisfactorio. Si te quiere verdaderamente; segura estoy de que vencerá todo escrúpulo; sino, permíteme, querida mía, que dude de un amor que se sacrifica á ajenos intereses. Pero esto no pasa de ser una suposicion: veremos.—Ayer ha estado en este real sitio el general Belliard, quien ha tenido la galantería de ser portador de esta carta. Créele, pues te aprecia muy sinceramente.»

Carolina, vivamente conmovida por la lectura de estos renglones, permaneció por algun tiempo en actitud mediatubunda.

Belliard la preguntó:

—¿Ha disgustado á Vd. la carta de la reina?

—No, —respondió la jóven, —pero me entristece la situacion en que los sucesos la han colocado de algun tiempo á esta parte, y no puedo olvidar el cariño que la debo.

—S. M. confía en los inmediatos consuelos de usted.

—Pues ¿no se decía que estaba próximo el viaje de sus Magestades á Francia, y que acaso de un momento á otro se verificará?...

—Así parece, condesa.

—Entonces la reina no necesita de mí.

—¿Por qué?

—Porque al lado del emperador cesarán sus inquietudes.

—Eso no obsta para que desee la compañía de Vd.: aun al lado de sus amigos el emperador y la demás familia imperial, es fácil eche de ménos á su bella amiga la condesa del Ramal á quien tanto cariño profesa.

Carolina replicó inclinándose:

—Como Vd. acaba de asegurar muy acertadamente, la reina tendrá allí muy numerosos amigos y servidores, y estos escusarán mi ausencia.

—¿Es decir que se niega Vd. á ver á S. M.?

—No digo tanto: espero tener el honor de despedirla; pero no entraré de ningun modo en su servicio, no podré acompañarla en su viaje: asuntos muy graves me lo prohíben.

—Creo conocer alguno de los asuntos que aconsejan á Vd. tan terminante resolución,—dijo Belliard insidiosamente.

—Tal vez;—murmuró Carolina volviéndose un tanto colorada, y previendo la alusion del general francés.

—Vd. ama demasiado á Velarde,—añadió Belliard.

—¿Lo cree Vd.?—preguntó la jóven condesa riéndose con ingenuidad,—¿dice Vd. que amo demasiado á Velarde?

—Así lo dicen al ménos,—prosiguió el general, sin

apercibirse del modo que habia tenido Carolina de recalcar la palabra demasiado.

—Sin embargo,—repuso,—es posible que las gentes se equivoquen ó exageren las cosas.

Carolina hizo un gesto que Belliard tomó por asentimiento, y fijó una mirada pensativa, de esas miradas que muchas veces proceden del abstramiento, de la preocupacion ó del recuerdo de objetos lejanos, en el rostro de su interlocutor.

Este á su vez torció la significacion de aquella mirada indefinible y que á pesar de su languidez, ejercia una impresion magnética en su corazon.

Durante algunos minutos absorbió silenciosamente todo el dulce y voluptuoso encanto de aquella mirada, sintiendo en todo su sér una conmocion tan fuerte como inexplicable, tan poderosa como creciente, á medida que la situacion se prolongaba y recordaba, traduciéndolas favorablemente, las últimas frases de la bella condesa del Ramal.

Pero los ojos de esta, clavados con una tenacidad que nos atreveríamos á llamar galvánica, si no envolvieran cierto fuego de vida, de pasion ardiente, en el rostro de Belliard, lo que ménos veian en aquel momento era al general francés.

Por uno de esos fenómenos prodigiosos de la fantasia que en los corazones ardientes produce un recuerdo adorado, Carolina, como á través de una óptica, contemplaba una figura á sus ojos más bella que todas las bellezas del mundo.

Cualquiera diria que el brillante uniforme de Belliard, cuajado de oro y de condecoraciones, la causaba una especie de admiracion.

Pero la figura que con tal tenacidad ocupaba su fantasía, tenía esa sencillez severa que las almas *no vulgares* saben anteponer á la recargada y muchas veces monótona del blason.

El mismo general francés, al pronunciar un nombre, acababa de evocar inadvertidamente aquella hermosa figura que Carolina absorbía extasiada y como si no quisiera perder el más mínimo de sus contornos, el detalle más imperceptible así en la expresion como en la forma; y en vez de dirigir sus enamoradas pupilas á la pared, al techo ú á otro cualquier punto indiferente, los mantuvo largo rato clavados en el alterado rostro de Belliard, que con verdadera fruicion contemplaba aquel éxtasis, aquella pasion de fuego que irradiaba en unos ojos negros, con toda la impetuosidad de los veinticuatro años.

Decíamos que Belliard interpretó desafortunadamente aquella mirada, y en verdad que todo contribuía á confirmarle en su presuncion; pues al preguntar á Carolina con acento conmovido:

—¿En qué piensa Vd.?

La jóven respondió, ó más bien se respondió á sí misma en un pensamiento íntimo, con una sonrisa encantadora, á través de la cual contempló fascinado Belliard las más bellas perlas que pudieran adornar los sonrosados lábios de una fresca vírgen. La boca y la sonrisa de la jóven condesa eran una doble tentacion, una de esas perspectivas que producen trás la fascinacion el vértigo.

Pues Belliard, que se habia sentido fascinado por aquella mirada ardiente, pero elocuentísima en su inmovilidad, hallóse desapercibidamente poseido por el vértigo.

El vértigo en materia de amor, llega muchas veces á

la enagenacion, dá bríos al más cobarde, y alas á la lengua del hombre más tímido.

Belliard no era tímido; pero el deber y las buenas formas imponen al hombre tanto más, cuanto mayor es su significacion en el mundo social. No tenia, por tanto, que vencer á la timidéz ni al respeto; pero acababa de dar un gran paso en el terreno de la confianza.

Ensayó á su vez una de sus mejores sonrisas, y volvió á preguntar sentimentalmente:

—¿No es cierto, Carolina, que el amor es el primero, el único y delicioso encanto de nuestra vida?

—¡Oh! ciertamente,—pronunció la jóven, haciendo brotar de sus ojos un relámpago que inundó á Belliard.

Este prosiguió:

—Y Vd., condesa, ¿comprende las celestiales dulzuras de ese sentimiento por que Vd. ama?

—Sí, amo...

—Pero Vd. ama un objeto elevado, grande.

—Grande, elevado... repitió maquinalmente la absorta jóven, que parecia estar poseida de un poderoso sonambulismo.

—Un objeto glorioso, que no es vulgar...—prosiguió el francés.

—No, no es vulgar...

—Que la adora á Vd...

—Sí, que me adora...

—Que la contempla en este instante con frenesí... que Vd. misma contempla con un fuego desconocido...

Belliard parecia estar seguro de los efectos de su brillante uniforme: la mayor parte de los generales de Napoleon I adolecian de esta presuncion.

El amor, la seguridad de su uniforme, una gran dó-

sis de presuncion y muy especialmente la extraña actitud en que se habia colocado la jóven y hermosa Carolina, dieron al traste con la poca razon que ya quedaba al trastornado general.

La condesa habia repetido:

—Sí, que me contempla con frenesí, con fuego...

—Y el cual es amado ardientemente,—repuso Belliard.

—Sí... es amado...

—¿Es decir que me amas, Carolina?... me amas.

Aquí Belliard se descompuso, y no fué más dueño de sus acciones que de su insegura cabeza. Todo lo que acabamos de transcribir pasó con la mayor rapidéz, en ménos tiempo del que hemos necesitado para expresarlo. Con la misma prontitud Belliard abandonó su asiento, y acercándose á la jóven, de una de cuyas manos quiso apoderarse,

—¿Con que es cierto que me amas?—exclamó.

Pero aquel movimiento y aquella exclamacion repentina, produjeron un efecto bien contrario al que Belliard se esperaba.

No necesitó Carolina tanto para despertarse bruscamente de aquella enagenacion, de aquel ensueño singular, y sin acertar á darse cuenta de lo que motivaba el arranque apasionado del general, dijo levantándose y rechazándole con fria dignidad:

—Caballero, si he soñado, debió Vd. respetar mi sueño: acaba Vd. de cometer una ligereza imperdonable.

Belliard se encontró como aquel á quien arrojárán desde el sétimo cielo á las profundidades sin fin del abismo.

—¡Carolina!—exclamó asombrado, ó más bien resentido porque empezaba á comprender todo lo ridículo del papel que acababa de desempeñar.



La condesa le indicó con un ademán imperioso que tomara respetuoso asiento, ó que abandonara la estancia.

El general obedeció, cayendo sobre el sillón completamente desconcertado por aquel arranque de altivez que no esperaba.

De pronto una voz resonó detrás de las espesas colgaduras, pronunciando el nombre de Carolina.

Esta, creyendo reconocer á la persona que llamaba, salió con rapidéz del gabinete, dejando por algunos instantes solo á Belliard.

A cinco ó seis pasos distante de la puerta, la condesita del Ramal se encontró á Eugenia de Montenegro.

Hacia un largo cuarto de hora que esperaba, y habia oido la conversacion de Carolina con el general Belliard, sin perder una sola palabra.

—Vengo en hora tan importuna á pedirte un favor,— dijo Eugenia despues de excusarse con la jóven.—He dispuesto ir mañana al sitio de San Lorenzo.

—¿Para qué?—preguntó Carolina.

—Para ver á los reyes: ¿no van á salir de un momento á otro con direccion á Francia?

—Así lo creo, Eugenia, ó por lo ménos eso se dice.

—¿Y tú los acompañas?

—No.

—Pues yo me dispongo á emprender ese viaje.

—¿Tú?

—Sí, yo: ¿qué tiene de extraño?

—Nada, pero no sabia...

—Me caso con el baron del Pino, y hemos resuelto fijar nuestra residencia en cualquier punto del imperio, en París tal vez.

—En cuanto á tu matrimonio, ya lo sabia, Eugenia; pero ignoraba esa otra resolucion.

—Pues vengo á que me recomiendes á la reina, toda vez que, segun noticias, rehusas acompañarla.

—Ciertamente; pero no podré servirte.

—¿Por qué?

—Porque no me conviene pedir nada, porque tan solo me he propuesto despidir á SS. MM. un dia ó dos antes de su viaje. Pero toda vez que hemos hablado del barón, quiero, si aun es tiempo, dispensarte un servicio más importante que el que me pedias: es cosa grave.

—¿De qué se trata, pues?—preguntó Eugenia con alguna inquietud.

—Se trata nada ménos que de su vida,—respondió Carolina, la cual viendo la agitacion que habian producido en la hija de Montenegro sus palabras, repuso con interés:

—Qué... ¿te pones mala?... ¿qué tienes?

—No es nada,—balbuceó Eugenia;—semejante inesperada noticia me ha desazonado: pero habla, explícame el peligro que corre el barón.

—Esta noche ha asistido, segun creo, á una reunion verificada en la casa del conde de M...?

—Creo que sí.

—Pues bien: ayer he enviado yo al conde una carta que se me remitió desde San Lorenzo, carta en la cual se demostraba que el barón andaba en ciertos manejos con los franceses; la reina, temerosa siempre de que en la casa de M... nada bueno puede concertarse para ella, tan estrechamente relacionada y confiada al general Murat, ha indicado á este la conveniencia de que el barón se hiciese pasar por uno de tantos alborotadores como esta noche habrán formado la reunion de M..., quien informado por la

carta que se me ordenó le remitiera, y de la cual nada quise decir á Velarde, creo que está dispuesto á hacer un castigo ejemplar con el traidor.

—¿Y por qué has entregado esa carta al conde?—preguntó Eugenia, sobrecogida de espanto y mirando á Carolina con cierta expresion de ódio.

—¿Y qué querias que yo hiciera?—respondió la jóven, —Velarde es uno de los comprometidos en la reunion, y bastante he hecho con ocultarle á él la superchería del baron.

—¡Y tal vez será tarde para acudir en su socorro!—exclamó Eugenia desesperadamente.

—Son las dos y media de la madrugada,—respondió la jóven condesa con una tranquilidad que exasperó á su amiga.

—¿Y á qué hora se disolverá la reunion?

—A esta, sobre poco más ó ménos.

—¿Es decir que ya no hay medio de evitar un conflicto?

—Mucho lo temo: el conde de M... es temible en un asunto de esta naturaleza, no es muy devoto de los traidores.

Eugenia envolvió en una mirada de ódio á la condesa, y salió precipitadamente sin dirigirla una sola palabra, sin despedirse de la que tan tarde y como por via de sarcasmo la daba tan seria noticia.

Carolina se encogió de hombros viéndola salir, y volviendo á entrar en el gabinete, dijo á Belliard:

—Caballero: esta es la hora en que yo acostumbro recogerme.

—Esto es despedirme, condesa;—observó el general ofendido.

—No, general; esto es advertiros que ha terminado ya

vuestra mision, y que habeis cumplido sobradamente el encargo de la reina.

Poco despues Velarde vió salir al general francés, y temió que las palabras de Eugenia estaban confirmadas.

Así se explica la insistencia con que exigió hablar á su amante en hora tan avanzada, y á pesar de encontrarse la jóven ya recogida.

Pero de esto, de la entrevista que tuvieron, nos ocuparemos á su tiempo, ya que tanto nos interesa dejar deslindada la situacion de cada uno de nuestros personajes, cuando tan pronto vamos á entrar en la parte más difícil y terrible de nuestra historia.

## CAPITULO XVIII.

### Un muerto que sale de su tumba.

Petra Ruiz, la criada y ex-confidente de la futura baronesa del Pino, habia pasado en un calabozo del cuartel de San Gil tres dias verdaderamente mortales.

Al principio su dolor y su natural sorpresa no la permitieron distinguir nada en tan oscura situacion, por más que á cada instante se fatigaba poniendo en prensa su acalorada imaginacion, por conjeturar la causa ó causas que hubieran podido acarrearla el enojo del francés.

Como hemos dicho ya al ocuparnos de este hecho, no pudo resolverse á creer la paciente que aquello fuese cuestion de Estado, ni mucho ménos. En cuanto á la estancia del ejército extranjero en Madrid, no distinguiria, ni se la daria un bledo porque fuesen los soldados de Napoleon ó los del moro Muza. En materia de patriotismo, Petra no veia palabra, y por lo tanto no habia dado lugar en manera alguna á que se la tuviese por sospechosa.

Por otra parte, ningún género de crimen ni delito había cometido, del cual hubiese de responder ante la justicia; y si algo le remordia la conciencia, no era seguramente por el mal, según ella bien merecido, que había causado á su ama, en la forma que ya conoce el lector.

Sin embargo, desde que sus deducciones se apoderaron del nombre de Eugenia, su afán se detuvo como el navegante que llega al puerto deseado.

Una luz primero muy confusa, y harto clara despues, la hizo distinguir perfectamente el quid de su desgracia.

Habia sido durante mucho tiempo la sombra de Eugenia, lo era aun, continuaria siéndolo mientras viviese: por manera que encerrada ó muerta, necesitaba la madre de María reducirla á cualquiera de ambas situaciones, para vivir sin escrúpulos ni temores. No podia olvidar Petra, cuando así discurría, el memorable fin del gato que por uno de esos caprichos de la suerte, de la casualidad ó de la Providencia, la habia libertado de una muerte cierta y terrible.

Inclinóse, pues, á creer que su antigua ama habia sido autora del arresto que sufría.

Entonces su imaginacion y su discernimiento tomaron proporciones colosales, y temió un resultado más sério que aquella simple prision, en que sin embargo permanecia enteramente incomunicada, sin otra relacion ni trato que el de dos soldados que en ocasiones distintas la servian de carceleros. Estos la hablaban mal español, y aun así con espantosa economía.

Contra lo que á otras célebres prisioneras aconteció en el mundo, Petra, sino era del todo vieja, ni mucho ménos desagradable, carecia de los atractivos que pueden hacer

pensar á una mujer desesperada en el recurso de la seducción.

Petra no se creia capáz de seducir con su belleza peca-  
dora, mas en su constante maquinari y urdir, encontró por  
último, al cabo de cuarenta y ocho horas mortales, un re-  
curso.

Uno de los consabidos soldados, su carcelero, vino en  
cierta hora de decision para la atribulada mujer á traerla  
su comida; cosa que, de paso sea dicho, la suministraban  
en el cuartel de San Gil con irregularidad y desaseo á  
cual peor.

Entró, pues, el soldado y puso sobre un taburete y en  
un cacharro una especie de menestra indefinible y un pe-  
dazo de pan.

Petra ni siquiera paró su atencion en las vituallas,  
pero mirando fijamente á su proveedor de menestra, le  
dijo como aquel que considera el valor del tiempo:

—Amigo mio, no quiero que por mí se expenga Vd. á  
un castigo, ni que falte á su obligacion; pero le suplico un  
favor que le agradeceré tanto como será bien retribuido.

El francés se quedó mirándola perplejo, sin responder  
palabra, y la prisionera continuó:

—Tengo necesidad de que un pariente mio sepa de mi  
paradero, pues en ello juegan intereses muy considerables:  
así, si Vd. quiere encargarse de hacerme este favor, es  
decir, de llevarle un recado mio, le gratificarán con un  
buen puñado de oro.

Estas últimas palabras fueron para el soldado las más  
inteligibles y que de un modo más armonioso y claro sona-  
ron en su oido; así es que respondió á Petra en mal zur-  
cido español:

—Si mi no correr en ello pelicro alguno, y cuardar el

segreto, yo servir á la signora... Mes querer mi antes la assurance de l'or, ó del dinerrgo.

—En cuanto al secreto, pierda Vd. cuidado, pues se guardará por la cuenta que me tiene: y el dinero se lo entregarán á Vd. apenas vean la carta que escribiré á ese mi pariente.

—Pien: penca la *lettre*, y jurarme dire la *ferdat*...

—Lo juro por mi salvacion. Pero antes necesito que Vd. me proporcione papel y tintero para escribir dos renglones.

—¡Diable!—exclamó el francés rascándose una oreja,—madamme pedir una *chosse* difícil... mi no safrá como fus-car...

—Por Dios, haga Vd. lo posible,—replicó Petra,—vea Vd. que en ello vá el interés de muchas personas, y que de otro modo pierde Vd. esta ocasion tan buena que se le presenta de recoger una buena cantidad de dinero. Reflexione Vd. bien y vea si es cosa de dejarlo por tan pequeño inconveniente.

En estos ó en análogos términos hablaron el francés y Petra, y á vuelta de tal cual vacilacion por parte del uno, y de grandes súplicas y promesas de la otra, el soldado se decidió á buscar, y al fin encontró el papel y el tintero que la prisionera deseaba.

Petra, que al lado de su ama y cuando esta acababa de admitirla en su servicio, habia tenido la complacencia de enseñarla á escribir lo ménos mal posible, escribió al tio Colás, al tabernero de la calle del Humilladero, una extensa carta, en que le hacia una pintura terrible de su situacion excepcional.

Manifestábale, más que sus sospechas, su convencimiento de que doña Eugenia Montenegro era la causante



de su prision inmotivada; expresaba sus temores de que el día ménos pensado se la ocurriria envenenarla, y añadia que dijese á D. Enrique interpusiera su mucho valimiento para que pudiese salir de aquella horrible prision.

Por último, en una post-data le rogaba que fuese á su casa cuyas señas él sabia muy bién; que allí tenia 23.000 reales, fruto de sus economías de muchos años; —el lector, sin ser suspicáz, será el primero en colegir de qué proveñian estas economías,—que por el dador le enviaba la llave de su cofre, en cuyo fondo encontraria el expresado dinero, del cual le suplicaba entregase al francés cuatro onzas de oro, etc., etc.

El tio Colás, apenas recibió esta nueva, apresuróse á ejecutar la parte que concernia á la recompensa del francés, y habiendo encontrado intacto el baul de que la Petra le hablaba, buscó en el fondo el numerario, del cual apartó cuatro peluconas de Carlos III, que el francés recibió con tanta alegría y sorpresa, como hasta cierto punto habia abrigado alguna desconfianza por el modesto pelaje del tabernero.

Despues de llenar este requisito, no ménos apremiante que el objeto de la carta, se fué á ver á Utrera; quien por largo espacio no pudo volver de su asombro. Precisamente aquella misma tarde habia tenido noticia de las maquinaciones en que andaba el baron del Pino, y esta reincidencia en el mal camino que Eugenia se habia trazado, no pudo por ménos que hacerle reflexionar en que el baron y Eugenia, cada cual por su estilo, no se quedaban á deber nada mutuamente en punto á mezquindad y á perfidia.

Para él era el enlace del baron y de la falsa madre de María la union de la pantera con el zorro.

Aunque las virtudes de Petra, segun todos sus antece-

dentes, no eran que digamos muy recomendables, Utrera sintió compasion por esta desgraciada, cuyo principal delito no era otro que haber explotado durante catorce ó quince años el fruto de una debilidad encubierta por el orgullo y la ambicion de una madre sin entrañas. Resolvióse, pues, á favorecerla, y al ofecto puso en juego sus relaciones consiguiendo que algunas de estas se interesáran con el mismo Murat á fin de que este ordenára secretamente la libertad de aquella inofensiva mujer, que ningun delito habia cometido ni era capáz de cometer, que perjudicase ú ofendiese al último soldado del ejército de ocupacion.

El duque de Berg se extrañó en un principio ante la noticia de semejante prision, y aunque preguntó á todos sus generales la causa que la habia motivado, nadie supo ó no pudo darle razon, de todo lo cual se mostró, al parecer, indignado.

El mismo Grouchy, á quien habia preguntado á su vez, se habia guardado muy bien de atraerse el enojo del gran duque, declarándole que por complacer á una dama temerosa de quiméricos peligros, habia consentido en tan ridícula prision.

Petra fué puesta en libertad aquella misma noche, con gran asombro de su carcelero y comensal, que con ella vió desaparecer una mina de dinero, y que ya ahora, forjándosele una dama principal disfrazada, sentia no haberla exigido una retribucion mayor por su servicio, toda vez que una orden suya escrita en disformes y mal trazados caracteres, le habia valido un buen repuesto de oro cantante y sonante, sin que en todo ello le hubiese sobrevenido peligro alguno, ni siquiera responsabilidad.

Luego que Petra hubo respirado el aire libre, se encaminó como una flecha á la calle del Humilladero, para co-

locarse bajo la proteccion del tio Colás y de su libertador.

Don Enrique se hallaba á la sazón con su amante, y creyó advertir en las copiosas lágrimas que vertió la ex-criada cierto arrepentimiento que le conmovió en lo más vivo.

Era muy posible que el pánico, el terror que le causaba Eugenia, mujer tan extraordinariamente mala é inclinada al crimen, ocasionase en el ánimo de la atribulada Petra nada tranquilizadores presentimientos.

De todos modos, esto era para conmover á un corazón tan excelente y compasivo como el de D. Enrique, y con efecto, este sintió cierto interés por la antigua criada, y se propuso dar un paso definitivo que hiciese inútil la prevencion con que la madre de María trataba de descartarse ó deshacerse de la que, poseyendo el secreto de su liviandad, amenazaba echar por tierra sus proyectos ambiosos, con una revelacion que ahora temia doblemente.

Así fué que llamando aparte á su novia, la dijo tomándola una mano y con acento cariñoso y suplicante á la vez:

—María: no te preguntaré si tú me amas como yo á ti, porque en esto no me cabe duda alguna.

—¿Qué quieres decir?—preguntó la jóven con extrañeza.

—Escucha:—continuó D. Enrique,—tú has prometido á aquella señora, á tu madre, interesarte porque nadie revelase el secreto de tu nacimiento.

—Y he tratado de cumplirlo, Enrique.

—No; no lo has cumplido en realidad; pues tanto el señor Nicolás como yo, hemos obedecido en este punto tus menores deseos. Pues bien, María, tu conducta y la nuestra

no han bastado á tranquilizar á esa señora, cuyo orgullo desmedido es inferior á su maldad...

—¡Dios mio! Enrique;—interrumpió María con disgusto,—no quisiera que hablásemos nunca de esa mujer... si es mala deseo ignorar el por qué: al fin es mi madre... ¿Por qué me hablas de ella?... ¿Por qué me mortificas, Enrique?... ¿No ves que vivo perfectamente satisfecha, y que no apetezco otros padres que esos buenos ancianos, ni más cariño que el tuyo? Creo inútil repetirte que renuncio de buen grado al reconocimiento de esa que se dice mi madre y he llegado á conocer desgraciadamente, merced á los amaños de esa maldita Eufrasia, cuyo paradero se ignora desde entonces... Creeme, querido mio: estoy contenta, soy completamente feliz sin esa madre: ¿por qué hablar más del asunto? ¿no me amas, segun dices, por mi misma?

—Sí, María,—continuó D. Enrique hondamente conmovido por la expresion de terror que su novia demostraba al ocuparse de la que era su madre;—te quiero por tí misma, por lo mucho que tú vales; por tu encantadora belleza; por tu excelente corazon; pero no se trata de esto.

—¿Pues de qué se trata entonces?

—Del bien de tu misma madre.

—No comprendo...

—Es preciso que me comprendas y escuches, porque, repito, en ello vá el bien de esa mujer; así, pues, dí, María: tú que conoces mi corazon, que sabes cuánto te amo y que por tí soy capaz de acometer hasta lo imposible: tú que conoces mi honradéz y que no soy capaz de engañarte, dime, María, ¿tienes absoluta confianza en mí?

—¿Puedes dudarle, Enrique?

—Tambien sabes que antes de adoptar una determinacion cualquiera, la peso y medito con calma.

—Lo sé.

—Pues bien: hace algunos dias te dí mi palabra, no tan solamente de no inquietar á tu madre, sino de hacer todo lo posible porque esa pobre mujer que fué su criada y testigo de tu nacimiento, se abstuviera de hablar del asunto.

—Sí, Enrique, me lo prometiste, y creo que habrás cumplido tu palabra.

—Sí, la he cumplido; pero ahora á mi vez quiero pedirte respecto á esto un favor que importa mucho: ¿me lo negarás, María?

—¿Por qué me haces una pregunta semejante? Ya sabes que tu voluntad es para mí una ley.

Enrique estrechó entre sus manos una mano de María que llevó á su boca, y repuso:

—El favor que quiero pedirte es más grave de lo que tú crees.

—Sepamos, mi amable señorito, —dijo María con voluntad encantadora, —¿qué favor grave es ese que tanto le cuesta pedirme?

—Que me devuelvas una palabra.

—¿Qué palabra?

—La que te dí de no mezclarme para nada en el asunto de tu nacimiento.

—¿Eso me pides, Enrique?

—Te lo suplico por su propio bien.

—Explicate.

—Despues de las palabras que tú le has dado, despues de la conducta que en todo esto hemos seguido, esa mujer

debía darse por satisfecha y permanecer completamente tranquila.

—¿Y no lo está, Enrique?

—¿No acabas de ver llorar á la que fué su criada?...

—Pero no comprendo la causa...

—Ha pasado tres dias mortales en un calabozo del cuartel de San Gil, detenida por soldados franceses...

—Eso ya lo sé.

—Pero lo que no sabes, María, es á quién debe esa inmotivada prision, y por qué se ha llevado á efecto.

—He creido adivinarlo... aquella señora tal vez...

—La misma.

—¿Y por qué se ensaña con esa mujer?

—Porque la teme, porque abriga una tenáz desconfianza de que no mantenga el secreto...

—Pero ha dado motivo de que sospeche...

—Ninguno.

—¿Pues entonces?

—Voy á hacerte una explicacion que te dejará comprender claramente hasta qué punto es capáz de cualquier atentado aquella soberbia madre que por tan horribles medios ha querido ocultarte en el asilo de caridad, para que nadie se apercebiera de su falta. Perdóname que te disguste, María, pero es preciso. Hemos procurado ocultarte siempre algunos horribles pormenores, y si yo abrigase el convencimiento profundo de que, como has dicho y repetido mil veces, tu mayor desgracia consistiria en estar al lado de una madre semejante, me guardaria muy bien de acibarar tu sencillo corazon con revelaciones odiosas. Sin embargo, y para que comprendas la razon por qué te suplico me devuelvas tu palabra, voy á hacerte comprender de lo que es capáz esa mujer

ruin, con tal de ocultar en lo más profundo la debilidad de su primera falta. ¿Me prometes oirme con serenidad, María?

—Con tal de que no me propongas nada que haya de dar por resultado el reconocimiento que há dias me propusiste, dispuesta me tienes á escucharte, y aun á hacer lo que con tu buen juicio creas conveniente.

Dicho esto, la enamorada María se dispuso á oir á su amante.

Este prosiguió:

—Esa mujer es más mala de lo que todos creíamos, y ante su voluntad ó su capricho no hay leyes ni vínculos humanos que la detengan: imposible parece, —añadió interrumpiéndose y con visible enternecimiento, —¡que haya llevado en sus entrañas un ángel como tú! Como te decia, su primera y más latente contrariedad es la mujer que durante trece ó catorce años la sirvió de criada y á la cual dió en la hora crítica del alumbramiento el encargo de depositarte en el torno de los expósitos. Esa desgraciada sirvienta quiso explotar á su sabor el secreto, conociendo, como conoció, que su ama queria ocultarlo á todo trance. Durante mucho tiempo resistió la presión que la criada ejercia sobre ella, sucumbiendo á todas sus exigencias, á todas sus pretensiones. Pero debía llegar el término de su paciencia, ó más bien su forzada conformidad; y con efecto, procuró reprimir y acabar de una vez con la tutela á que la habia sometido Petra. ¿Y sabes, María, de qué medio se valió para terminar de una vez sus zozobras?

—La echaria de su casa, —respondió María con la más perfecta candidéz del mundo.

Sonrióse D. Enrique, y repuso:

—No, ese era un medio tan sencillo como ineficáz, y aun desde luego más peligroso que el mantenerla á su lado... No, María, tu madre es mucho más fecunda en recursos, y comprendió muy bien y sin gran trabajo que para cortar los malos efectos conviene adelantarse á destruir la causa.

—¿Qué hizo, pues, Enrique?

—Muy poca cosa: únicamente quiso darla una carta de seguridad para el otro mundo, desde el cual no podría cantar ni verbalmente ni por escrito...

—¡No comprendo!...

—Pues es bien fácil, María.

—Concluye de explicarte.

Don Enrique refirió por último á su amante la escena del frustrado envenenamiento que ya conocen nuestros lectores, sin omitir el más mínimo detalle, y antes bien pintado el hecho con sus más negros colores. María le escuchó con muestras de profundo espanto y horrorizada cada vez más de que una mujer de tan perverso corazón pudiera ser su madre.

Luego que Utrera hubo medido el efecto que habian causado sus palabras en el ánimo de la jóven, y seguro de conseguir el objeto que se proponia, continuó de este modo:

—Ahora, querida mia, pues ya sabes lo que hasta hoy no he querido decirte, debo hacerte partícipe de los serios temores que abrigo para lo porvenir respecto á la misma criada que tan milagrosamente y gracias á su ocurrencia feliz ha podido salvarse, Dios sabe de qué peligro, peligro que, indudablemente la amenazaba en su prision.

—Ya te escucho, Enrique,—baluceó María con emocion de profundísimo disgusto,—dime ahora todo cuanto juzgues necesario, pero á condicion de que no nos ocupa-